

una vacuna segura y eficiente. Algunos de estos expertos científicos (raramente mujeres expertas), se han convertido en respetadas celebridades que explican la pandemia a la población y proporcionan las justificaciones para las medidas que se implementan desde la esfera política.

Si bien los especialistas en ciencias de la vida contribuyen principalmente a la comprensión y la lucha contra el virus, las ciencias sociales también participan cada vez más en estos debates. El SARS-CoV-2 es un virus cuyos efectos tienen el poder de cuestionar fundamentalmente los órdenes sociales. Así pues, son las ciencias sociales las que han puesto de manifiesto en sus análisis el factor de las diferentes condiciones previas para hacer frente al virus, y de ello derivan la forma en que deben constituirse las sociedades para superar una catástrofe natural de esa envergadura. Las miradas de los científicos sociales que investigan en torno al COVID-19 versan por diferentes lados; entre otros aspectos identifican a los grupos específicamente vulnerables o analizan los efectos de las medidas impuestas sobre subsistemas de las sociedades.

Lo que queda claro es que el *shock* del COVID-19 irrumpió casi simultáneamente en la vida de miles de millones de personas, provocando transformaciones en las condiciones más básicas de sus vidas. De repente, muchas de las prácticas habituales son cuestionadas: las formas de saludarse, la organización del trabajo, los desplazamientos; en general, la interacción entre las personas. No hay ramo de la economía libre de la repentina contracción. En esta situación, se impone una gran incertidumbre. El futuro se vuelve una caja negra. ¿Un día la vida volverá a ser como antes? ¿Cuándo será? ¿Y si no se recupera? ¿Cómo va a ser la vida después de la crisis?

Cuanto más duren las alteraciones del statu quo, se vuelve más evidente que no habrá un simple retorno a la “normalidad”. En la última crisis calificada con el adjetivo de “global”, la crisis económica del 2008, muchos expertos auguraban que después de ese casi-hundimiento —provocado por el colapso de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos, que arrastró consigo al sistema financiero internacional—, se deberían implementar profundas transformaciones con respecto al control de los bancos y del flujo del capital financiero. Diez años más tarde hay que constatar que no hubo cambios de fondo. La crisis demandó cierta hu-